

Eric J. Hobsbawm, la Historia *desde abajo* y el análisis de los agentes históricos

Román MIGUEL GONZÁLEZ

Creo necesario comenzar realizando una serie de precisiones para ubicar y delimitar temática, teórica y metodológicamente de forma clara los parámetros desde los que he realizado mi análisis, reflexiones e interpretación de las diversas maneras en las que Eric Hobsbawm desarrolló la historia *desde abajo* y el estudio de los agentes históricos colectivos populares. Esto me ha parecido relevante para dejar sentado de antemano qué pretende y qué no pretende ser este trabajo, así como el campo de análisis y de debate en el que se ubica y al que puede aportar algo.

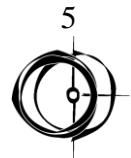
En primer lugar, me parece pertinente dejar claro que analizaré el quehacer historiográfico de Eric Hobsbawm en lo que se refiere principalmente al análisis de los agentes históricos colectivos y tomando su obra no como la de un historiador marxista¹, que lo fue, sin duda, sino como la de un historiador *radical*. No desarrollaremos, por tanto, un análisis desde dentro del materialismo histórico y que nos lleve, por ello, a discutir enfoques, metodologías, etc. en unos términos y con unos lenguajes propios y exclusivos de las tradiciones marxistas. Nuestro análisis de los trabajos de Eric Hobsbawm se enraíza, teórica y metodológicamente, en una perspectiva *radical*, en la cual, no obstante, las tradiciones marxianas siempre han constituido y constituyen puntos de referencia importantes y, en ocasiones, hasta refugios en los que conservar y desde los que relanzar el *espíritu historiográfico radical*².

Una segunda precisión importante es la delimitación cronológica del trabajo. Me centraré principalmente, aunque no de forma exclusiva, en lo relativo al siglo XIX³, de



Artículo recibido el 27-11-2013 y admitido a publicación el 16-12-2013.

1. Un trabajo más orientado hacia esa perspectiva, Matari PIERRE, “Eric Hobsbawm, el marxismo y la transformación de la historiografía”, *Nueva Sociedad*, n. 243 (2013), pp. 153-163.
2. Difícilmente podremos contener en una definición breve qué es, cómo se ha desarrollado y hacia dónde se dirige la *Historia radical*. Podríamos afirmar que se ocupa de la reconstrucción científico-histórica de las tradiciones de lucha *contrahegemónicas*. Ello supone la recuperación de los discursos, culturas y prácticas sociales de los agentes históricos que, *desde abajo* o desde los márgenes de los sistemas hegemónicos, desarrollaron espacios de sociabilidad y movilización alternativos y emancipadores, así como los análisis de la estructura articuladora de los propios sistemas hegemónicos y sus consecuencias para los seres humanos que viven en las sociedades resultantes. Todo ello ubicándose siempre en la vanguardia teórica y metodológica y con la voluntad de reintroducir la ética en el quehacer historiográfico. Su objetivo es revitalizar la funcionalidad social de la Historia al reactivar las propias tradiciones contrahegemónicas, aunando Ciencia y activismo. En <<http://enarasdeclio.wordpress.com/2012/09/05/agenda-para-una-historia-radical-01>>, he iniciado una serie de textos en los que, partiendo de la que es, sin duda, la obra de referencia al respecto, Edward P. THOMPSON, *Agenda para una Historia radical*, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 7-14, intento reflexionar sobre la concepción *radical* del objeto, del método y de la funcionalidad de la Historia para contribuir a adaptarla a la revolución epistemológica, teórica y metodológica que han experimentado las ciencias sociales y humanas en las últimas décadas.
3. Según Harvey J. KAYE, *Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio*, Zaragoza, Prensas Universitarias Universidad de Zaragoza, 1989, p. 123, “sus principales trabajos [de Hobsbawm] se han centrado en el siglo XIX”.



manera que, en lo referente a los trabajos historiográficos de Eric Hobsbawm, el campo de análisis abordado constituye una especie de cuadrilátero cuyos lados o fronteras son sus obras *Trabajadores*⁴, *El mundo del trabajo*⁵, *Rebeldes primitivos*⁶ y *Bandidos*⁷. En el centro y elevado como el vértice de una pirámide ubicaremos, por varias e importantes razones que iremos desgranando, su obra conjunta con George Rudé: *Capitán Swing*⁸. No obstante, en ocasiones será necesario trascender ese marco y hacer incursiones explícitas o implícitas en otras obras. *Sobre la Historia, La invención de la tradición*, la tetralogía histórica de la Edad contemporánea o entrevistas y artículos diversos nos ayudarán a comprender algunas cuestiones teóricas y metodológicas respecto a cómo Eric Hobsbawm afrontaba el análisis de los agentes históricos.

Varias décadas separan entre sí a todos estos trabajos y, por ello, esa imagen espacial y estática en forma de pirámide sólo puede constituir un punto de referencia analítico que, aunque válido para comprender algunos aspectos importantes sobre la forma en la que Hobsbawm entendió el análisis de los movimientos populares rebeldes y revolucionarios, se verá modificado y hasta desdibujado por la introducción de la dimensión temporal y la consiguiente reflexión sobre las transformaciones que, al respecto, experimenta su enfoque a lo largo de décadas. No puede ser de otra manera si nos atenemos a su gran longevidad historiográfica, a su actitud siempre atenta a la evolución teórica y metodológica de su disciplina científica, a su loable apego al trabajo colectivo y, en fin, a su integración plena y constructiva en una tradición científico-social dinámica, crítica y altamente dialéctica como es el materialismo histórico⁹.

Una tercera precisión necesaria se refiere al contexto. Es imposible tratar de comprender cómo se conformó y transformó la manera en la que Hobsbawm abordó el estudio de las clases populares sin atender a su contexto historiográfico más cercano y a su integración en lo que se ha denominado la historia social marxista británica y la historia *desde abajo*¹⁰. Por ello, sin abandonar nunca el contexto como marco de referencia, en los dos primeros apartados analizaremos las formas en las que Eric Hobsbawm entendió y practicó el estudio de los movimientos populares *rebeldes* y

4. Eric J. HOBSBAWM, *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, Barcelona, Crítica 1979 (traducción de *Labouring Men: studies in the history of labour*. 1964), constituye una recopilación de sus principales artículos de historia social sobre la clase trabajadora.

5. Eric J. HOBSBAWM, *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*, Barcelona, Crónica, 1987 (traducción de *Worlds of Labour: further studies in the history of labour*. 1984). Segunda recopilación de artículos sobre la historia de la clase trabajadora, recopilación que, como afirma el propio autor en el prefacio, “viene a completar la obra publicada en 1964 con el título de *Trabajadores*”.

6. Eric J. HOBSBAWM, *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, Barcelona, Ariel, 1968 (traducción de *Primitive Rebels: Studies in Archaic Forms of Social Movement in the 19th and 20th centuries*. 1959).

7. Eric J. HOBSBAWM, *Bandidos*, Barcelona, Ariel, 2001 (traducción de *Bandits*. 1969).

8. Eric J. HOBSBAWM y George RUDÉ, *Revolución industrial y revuelta agraria. El capitán Swing*, Madrid, Ssiglo XXI, 1978 (traducción de *Captain Swing*. 1969).

9. Sobre la actitud historiográfica y científica de Eric HOBSBAWM ha reflexionado Luis CASTELLS, “Eric Hobsbawm, ¿El último marxista de oro?”, *Historia Social*, n. 25 (1996), pp. 162-163.

10. Al respecto, Harvey J. KAYE, *La educación del deseo. Los marxistas y la escritura de la Historia*, Madrid, Talasa, 2007; el ya citado KAYE, *Los historiadores marxistas británicos*; CASTELLS, “Eric Hobsbawm, ¿El último marxista de oro?”, pp. 159-161; Eric J. HOBSBAWM, “El grupo de historiadores del Partido Comunista”, *Historia Social*, n. 25 (1996), pp. 61-80.

revolucionarios. Finalmente, en un tercer y breve apartado, abordaré una reflexión crítica y personal respecto a la transformación del campo de análisis radical de los agentes históricos en el marco del nuevo contexto historiográfico. Muchas cuestiones relevantes se quedarán forzosamente en el tintero, pero las limitaciones espaciales y, sobre todo, los objetivos fijados para este trabajo nos obligan a ceñirnos a una línea argumental y reflexiva clara. Analizaremos su evolución temática e interpretativa, pero sobre todo nos interesará observar los cambios teóricos y metodológicos que experimentó Eric Hobsbawm en el marco de la historia marxista y *desde abajo*, así como los límites que marcaron decisivamente el recorrido real de su evolución temática, teórica y analítica.

A grandes rasgos podemos diferenciar dos etapas. La primera abarca cronológicamente la década de 1950 y buena parte de la de 1960 y está marcada por una determinación temática y teórica marxiana bastante fuerte. Sus investigaciones sobre historia social de la clase trabajadora y sobre los rebeldes primitivos constituyen el eje de sus aportaciones. En una segunda etapa, desde los últimos años de la década de 1960 hasta finales de la de 1980, se produce –en el marco del desarrollo de la historia radical *desde abajo* por parte de E. P. Thompson, G. Rudé o Ch. Hill– una transformación teórica y analítica clara, aunque limitada, de la manera en la que Hobsbawm se acerca a los movimientos populares. Intentará flexibilizar su perspectiva teórica y analítica marxiana, encontrar puentes que le lleven a la complementariedad con la historia radical y desarrollar una mayor reflexividad respecto a las premisas y praxis teórico-metodológica en el estudio de los movimientos campesinos y obreros. Para todo ello tratará de ampliar sus referencias teóricas, principalmente dentro de las propias tradiciones marxianas –Lukács, Gramsci, etc.–, y buscará el trabajo conjunto, directo o indirecto, con otros historiadores marxistas británicos, pero siempre manteniendo un punto de referencia claro en torno a lo que, a su entender, constituía el *corazón* del materialismo histórico.

Antes de entrar de lleno en ello, es necesario recordar que las principales aportaciones historiográficas de Eric Hobsbawm se deben a su enorme capacidad para sintetizar amplios procesos históricos y para divulgarlos a través de una gran narración materialista histórica del devenir contemporáneo. Por ello, su *tetralogía* contiene, probablemente, las mayores aportaciones que ha realizado a la historiografía. Habría sido interesante, por ello, abordar la concepción de los agentes históricos que subyace a las grandes interpretaciones históricas que realiza de la historia de los siglos XIX y XX¹¹. Analizar en ese marco, por ejemplo, la forma en la que concibe a la clase obrera –su formación como clase, sus acciones colectivas, su rol histórico, sus interacciones, etc.– contribuiría a arrojar mucha luz sobre algunas de las cuestiones que vamos a abordar en este texto, pero, sin duda, excedería con mucho los límites espaciales y temáticos fijados desde el inicio para este trabajo.

La Edad de oro de la historia social de la clase trabajadora y del campesinado

En lo que concierne al estudio de la *clase trabajadora*, la voluntad explícita de Hobsbawm, durante la década de 1950 y de buena parte de la de 1960, fue la de trascender la historia *institucional* y *organizativa* del movimiento obrero en pro del análisis de las condiciones económicas y sociales de la clase trabajadora en el momento

11. Un acercamiento en CASTELLS, “Eric Hobsbawm, ¿El último marxista de oro?”, pp. 166-168.



de desarrollo de los movimientos obreros. Ello se debe tanto a la necesidad de trascender y completar los grandes trabajos de historiadores previos –Beatrice y Sidney Webb, G. D. H. Cole, etc.– sobre las organizaciones socialistas y obreras, como al contexto historiográfico y científico-social en el que se formó la Historia social clásica. Las décadas de 1950 y 1960 estuvieron marcadas por la hegemonía epistemológica y teórico-metodológica de las ciencias sociales que, como la Economía o la Sociología, eran más susceptibles de asumir la metodología cuantitativa y, como premio, un estatus de quasi-pureza científica. Ese contexto general marcó la agenda de las relaciones interdisciplinares de la Historia y, por ello, la forma que tomó la Historia social en sus primeros pasos.

Como ya he mencionado, Eric Hobsbawm fue, durante más de medio siglo, un atento observador de las corrientes teórico-metodológicas que marcaron más claramente el quehacer de los historiadores y, por ello, su inmersión en la Historia social clásica fue plena. De hecho, ha sido, con justicia, considerado uno de los referentes iniciales de su desarrollo en Gran Bretaña en el marco de la formación paralela de la primera generación de historiadores marxistas británicos¹². Por ello, el quehacer historiográfico de Hobsbawm se estructurará, durante la década de 1950 y principios de la de 1960, a partir de la metodología cuantitativista, del marco teórico-interpretativo general materialista histórico y del espíritu crítico y radical que impulsó el surgimiento de la historia *desde abajo*.

Desde tales parámetros y al calor de disputados debates, en los que las identidades políticas e historiográficas se retroalimentaban en gran medida, Eric Hobsbawm comenzó a fraguar su reputación como historiador social y marxista. Probablemente fue en el debate sobre el nivel de vida en Gran Bretaña durante las primeras fases del industrialismo donde Hobsbawm desarrolló más plenamente su enfoque materialista y cuantitativista, mientras que su temprana reinterpretación del ludismo constituye un punto de referencia clave en el surgimiento de la historia *desde abajo*. Si bien en ambos asuntos se observa claramente el marco estructurador materialista histórico que subyace siempre al análisis histórico de Hobsbawm, fue en sus trabajos sobre los movimientos y fenómenos campesinos de protesta donde, durante esta época, el marco subyacente se manifestó con una contundencia mayor determinando decisivamente las premisas teóricas, el desarrollo metodológico y las interpretaciones finales. Nos ocuparemos brevemente de las tres cuestiones.

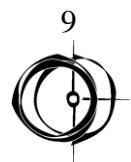
El *primer asalto* en la polémica sobre el nivel de vida, protagonizado por los historiadores socialistas John y Barbara Hammond y por el historiador económico liberal John H. Clapham, dejó una sensación de derrota en la naciente historiografía social marxista británica. En gran parte fue el aparato cuantitativista, que la historia económica oponía a la argumentación histórica tradicional, el que había generado, a caballo del espejismo probatorio positivista, la sensación de superioridad de las tesis economicistas liberales –apuntaladas por el también historiador económico liberal Thomas S. Ashton– respecto a los inicios de la industrialización como una época no catastrófica para las clases más bajas de la sociedad.

12. El desarrollo paralelo, aunque particular, de la historia social de tendencia marxista en Francia puede seguirse en el ya clásico trabajo de Peter BURKE, *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales: 1929-1989*, Barcelona, Gedisa, 1999, pp. 57-67. Las relaciones bastante estrechas entre ambas historiografías sociales clásicas, sobre la base de personajes mediadores de la talla de George RUDÉ, han sido explicadas por el propio Eric J. HOBSBAWM, *Sobre la Historia*, Barcelona, Crítica, 1998, pp. 183-189.

Por ello, Hobsbawm decidió participar en la polémica sobredimensionando analítica y expositivamente los métodos y fuentes cuantitativos respecto a los cualitativos, considerados tendenciosos y, por ello, inválidos para un análisis científico digno de tal consideración¹³. La estrategia metodológica llevada a cabo por Hobsbawm muestra la riqueza analítica que contenía la naciente Historia social debido a su clara vocación crítica e interdisciplinar. Por una parte extremó el rigor metodológico del paradigma hegemónico hasta dejar en evidencia los apriorismos interpretativos economicistas no probados según sus propios parámetros cuantitativos de validez –vida urbana e industrial siempre conlleva progreso y mejoría, mientras que la vida rural es preindustrial, atrasada y peor– y, por otra parte, extendió al máximo posible la interdisciplinariedad, en el marco hegemónico de los análisis cuantitativos, hacia la Sociología, la Demografía histórica, etc.

El resultado fue un aluvión de variables que desdibujaban y dejaban en evidencia el análisis histórico economicista basado exclusivamente en las series estadísticas de la evolución de los salarios. El análisis de Hobsbawm se basaba, por el contrario, en el cruce y comparación de numerosos índices (demográficos, de consumo, de endeudamiento...) y tasas (mortalidad, esperanza de vida, mortalidad infantil, mortalidad catastrófica o desempleo), de manera que, por ejemplo, para saber si había empeorado o mejorado la dieta, elaboraba y cruzaba series estadísticas o estimaciones de la evolución general de la población, de precios, de salarios, de la cantidad de ganado sacrificado y de la evolución del consumo de cereales, azúcar, café, pescado o patatas¹⁴. El nivel de profundidad y de correlación de variables fue, en el contexto del debate, metodológicamente apabullante, lo que revestía especial importancia no tanto en lo referente a la polémica concreta, sino sobre todo respecto a la manifestación pública de las posibilidades y del recorrido que subyacían a la naciente Historia social marxista británica. De ahí la justa fama cobrada por Hobsbawm en la polémica y de ahí también el desarrollo que, desde entonces, experimentó el análisis de las condiciones de vida en la historia social de las clases trabajadoras y del movimiento obrero.

Si interesante fue la estrategia que llevó a cabo en la polémica, más interesante resultó aún la conclusión que, en 1964, ya tomada alguna distancia respecto al debate, sacó el propio Hobsbawm. Si bien las tesis *optimistas* de Clapham-Ashton habían perdido su hegemonía en la interpretación de los efectos de la industrialización en las clases bajas, por otra parte la metodología de la historia social corría el peligro de quedar circunscrita y atrapada en el marco cuantitativista, constrinviendo temáticamente, de paso, el análisis histórico a aquellos fenómenos o procesos susceptibles de tratamiento estadístico. Con ello se podía llegar a obviar analíticamente el problema histórico real que debía abordarse. Para Hobsbawm, los efectos del industrialismo en las clases pobres eran tanto económicos como sociales, de ahí que la historia social debía estudiar el descontento y la reacción de las clases populares ante la quiebra de las



13. El propio HOBSBAWM se ve obligado a precisar que tiene en gran consideración las fuentes y métodos de análisis cualitativo, pero que, para “evitar una discusión fuera de propósito” y que degenera en una polémica sobre las fuentes y su veracidad, decide entrar en liza en el marco fijado por los historiadores económicos (*Trabajadores*, pp. 84-85). También es un texto importante en el debate “La Historia y las ‘sombrias fábricas infernales’” (*Trabajadores*, pp. 122-140).

14. “Es peligroso [afirmaba Hobsbawm en referencia directa a Clapham y Ashton] apoyarse en unas pruebas que pretenden ser estadísticas al tiempo que se dejan de lado otros factores cuantitativos igualmente pertinentes” (*Trabajadores*, p. 109).

relaciones sociales preexistentes a la industrialización¹⁵. A esta reflexión no le era ajeno el espíritu de la historia *desde abajo*, que el propio Hobsbawm había reivindicado ya en 1952 al abordar el luddismo y que, coincidiendo con la parte final de la polémica sobre el nivel de vida, daba vida a importantísimos trabajos de E. P. Thompson y G. Rudé¹⁶.

Hubo otros debates interesantes en los inicios de la Historia social marxista británica, como el referente a la *aristocracia obrera*, pero creo que resulta más importante, para el objetivo de este trabajo, analizar la interpretación que Hobsbawm llevó a cabo del *luddismo*, ya que ello nos acercará a otro elemento clave de su metodología durante las décadas de 1950 y 1960: la historia *desde abajo*. Aunque volveremos sobre ello para observar la evolución teórica y metodológica de Hobsbawm durante las décadas de 1970 y 1980, es importante resaltar que la historia *desde abajo* se articulaba a partir de un espíritu historiográfico común que generaba una manera radical de abordar la investigación, interpretación y exposición de los procesos históricos haciendo hincapié en las experiencias y acciones de las clases bajas, populares o subalternas en el marco general del análisis de las luchas de clases¹⁷.

Actualmente recordamos, muy justamente, a E. P. Thompson o G. Rudé, entre otros, como los mayores exponentes de la historia *desde abajo*, como aquéllos que, poniendo *rostro* a las multitudes revolucionarias y explicando su racionalidad práctica, dinamitaron la mirada condescendiente –y no digamos ya la mirada despectiva– que la historiografía dedicaba a las clases populares. En comparación, como iremos viendo, el recorrido del análisis *desde abajo* realizado por Hobsbawm ha sido mucho más modesto en cuanto a su desarrollo y profundidad teórica y metodológica. Las razones han sido múltiples, pero principalmente la deriva clara de las preocupaciones historiográficas de Hobsbawm hacia la historia mundial y, sobre todo, su constreñimiento a algunos elementos concretos del materialismo histórico que, operando como metanarrativa articuladora del discurso histórico y como linderos que no deben ser sobrepasados teórica y metodológicamente, limitaron notablemente sus análisis e interpretaciones de los movimientos obreros y campesinos.

15. “La discusión acerca del nivel de vida: un *postscriptum*”, *Trabajadores*, pp. 140-147. Aunque implícitamente, ello supone una revisión parcial de su crítica a los Hammond, quienes, a pesar de no desarrollar métodos cuantitativos, tenían muy claro que los sufrimientos y experiencias de las clases populares para adaptarse a la industrialización rebasaban ampliamente lo económico.

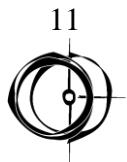
16. George RUDÉ, *The Crowd in History: A Study of Popular Disturbances in France and England, 1730-1848*, Nueva York, Wiley, 1964 (*La Multitud en la historia: estudio de los disturbios populares en Francia e Inglaterra, 1730-1848*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971). Edward P. THOMPSON, *The Making of the English Working Class*, Londres, Victor Gollancz, 1963 (*La formación histórica de la clase obrera: Inglaterra 1780-1832*. Barcelona, Laia, 1977). El propio THOMPSON se refería al debate sobre el nivel de vida y al problema histórico real que subyacía a la controversia en términos muy similares a los de HOBSBAWM. Por ello, para E. P. THOMPSON abordar los efectos del industrialismo en las clases populares significaba analizar la “experiencia de la explotación (...) a partir de la cual surgió la expresión política y cultural de la conciencia de la clase obrera”. De hecho, el estudio de esa experiencia de la explotación constituye el corazón de toda la segunda parte –*La maldición de Adán*– de su investigación sobre la formación de la clase obrera inglesa. La cita textual y sus reflexiones respecto a la controversia en THOMPSON, *La formación histórica de la clase obrera*, pp. 233-238. En este texto citaremos dicha obra a partir de la edición que, en 2012, ha realizado la editorial Capitán Swing.

17. KAYE, *Los historiadores marxistas británicos*, pp. 9-22.

Respecto al luddismo, Hobsbawm puso en juego, ya en 1952¹⁸, los elementos básicos del análisis *desde abajo*. Criticó las interpretaciones liberales y fabianas del luddismo como una *respuesta ciega* de una clase trabajadora aún inconsciente, como una *jacquerie industrial, inútil y alocada* contra un proceso histórico inevitable y, por ello, abocada a la derrota. Hobsbawm avanzó una nueva interpretación del fenómeno, que más tarde desarrollará de una manera magistral E. P. Thompson, como el resultado de una forma de *negociación colectiva* –en la que se incluía la destrucción de máquinas junto al motín– característica de las *luchas sindicales* que, durante los inicios de la Revolución industrial, se desarrollaron en una fase previa a la consolidación del movimiento obrero *moderno*. La destrucción de máquinas formaba parte, por tanto, de la tradición popular desde, al menos, el siglo XVIII y no constituía una respuesta ciega, sino una reacción colectiva arcaica, pero estructurada, contra las transformaciones de las relaciones sociales de producción¹⁹.

Seguramente sea en este campo, en el del análisis de lo que Hobsbawm denominó *movimientos sociales arcaicos, primitivos o premodernos*, donde se han manifestado más claramente las *ataduras* o *autolimitaciones* –en gran parte conscientemente autoimpuestas e incluso públicamente reconocidas– que algunos aspectos de su concepción del materialismo histórico generaron en su análisis de las movilizaciones populares y campesinas. Parece haber acuerdo en el hecho de que Hobsbawm inició un nuevo campo de estudio para la Historia social en torno a las *rebeliones primitivas*, pero la manera en la que lo hizo ha generado bastante polémica y críticas²⁰.

En varias ocasiones se ha afirmado que “Hobsbawm ha sido más reacio que los otros historiadores marxistas británicos a rechazar el modelo base-superestructura”²¹, lo que no deja de ser cierto. Sin embargo, lo que ha determinado absolutamente la manera en la que Hobsbawm se ha acercado a los agentes históricos, especialmente a los que denominó *movimientos sociales milenarios*, ha sido su aferramiento a una metanarrativa



18. “Los destructores de máquinas”, *Trabajadores*, pp. 16-35. No obstante, hay que tener en cuenta que la publicación original de este texto fue más de una década antes: “The Machine Breakers”, *Past and Present*, 1 (1952). Según Geoff ELEY, (*Una línea torcida. De la Historia cultural a la Historia de la sociedad*, Valencia, Universitat de València, 2008, p. 66), “Hobsbawm [...] fue el primero [entre los historiadores marxistas británicos] en establecer una conversación extraordinariamente fértil [...] entre la Historia y la Antropología”.

19. Mucho más profundo e influyente fue el análisis que del fenómeno realizó E. P. THOMPSON contextualizándolo en las movilizaciones populares inglesas que, durante los primeros decenios del siglo XIX, cobraban su fuerza colectiva y su racionalidad práctica de una “economía política y una moral alternativas a las del laissez faire” del capitalismo industrial (“Un ejército de reparadores”, *La formación histórica de la clase obrera*, p. 597). Tesis desarrolladas posteriormente en otro influyente trabajo: “La Economía moral de la multitud”, en *Costumbres en común. Estudios en la cultura popular tradicional*, Barcelona, Crítica, 2000 (el original “The moral economy of the English crowd in the eighteenth century”, *Past & Present*, n. 50 (1971), pp. 76-136).

20. Muy interesante resulta, al respecto, Manuel GONZÁLEZ DE MOLINA, “Los mitos de la modernidad y la protesta campesina. A propósito de *Rebeldes primitivos* de Eric J. Hobsbawm”, *Historia Social*, n. 25 (1996), pp. 113-157.

21. KAYE, *Los historiadores marxistas británicos*, p. 124.

marxista que fijaba de antemano no sólo las etapas del devenir histórico, sino sobre todo el carácter, el recorrido y el papel histórico que había de jugar cada tipo de colectivo²².

De ese modo, Hobsbawm cayó en una contradicción estructural. Por un lado quería, conforme al espíritu de la historia *desde abajo*, rescatar a los *pobres y olvidados* de la Historia, sus luchas y sus anhelos, pero, por otro lado, los analizaba e interpretaba en función de una plantilla apriorística y, por su enraizamiento en una metanarrativa del devenir histórico, teleológica²³. En lo referente a los movimientos sociales preclasistas, el resultado, como trataremos de ejemplificar con su análisis del movimiento anarquista andaluz, fue una serie de modelos o construcciones típico-ideales que encajaban en las caracterizaciones y roles históricos fijados de antemano²⁴. El espejismo de seguridad, que puede llegar a generar una teoría fuerte, como el marxismo, y el afán radical de recuperar a los pobres y olvidados fue lo que, a pesar de ser muy consciente de las enormes limitaciones estructurales que tenía su investigación, llevó a Hobsbawm a realizar no sólo una interpretación en exceso aventurada respecto al carácter, rol histórico y recorrido revolucionario de cada movimiento analizado, sino incluso una clasificación general de los movimientos sociales más propia de la Sociología que de la Historia²⁵.

Dejando al margen a los movimientos considerados arcaicos y no revolucionarios, como los bandoleros sociales o la mafia, Hobsbawm se afana en diferenciar claramente los movimientos revolucionarios *primitivos* respecto a lo *modernos*. Los primeros son los llamados *milenaristas*, a los que otorga un “espíritu revolucionario” desperdiциado por su “ideología quiliástica” y por la vaguedad de su organización, estrategia y acción revolucionarias. Por el contrario, los movimientos *modernos*, que identifica con las organizaciones de clase socialistas y comunistas, no sólo poseerían un espíritu revolucionario, sino también una organización y estrategia eficaces, además de una ideología clara respecto a la transformación estructural de la sociedad. Los *milenaristas* serían movimientos prepolíticos y, por ello, su ideología se

22. GONZÁLEZ DE MOLINA “Los mitos de la modernidad...”, pp. 113-116, contextualiza las investigaciones de HOBSBAWM sobre los rebeldes primitivos en los debates internos del Partido Comunista, durante las décadas de 1950 y 1960, respecto al potencial recorrido revolucionario de los movimientos campesinos y reivindicativos que se estaban desarrollando en el contexto del inicio de los procesos de descolonización del Tercer Mundo. GONZÁLEZ DE MOLINA explica, además, cómo las premisas teóricas con las que Hobsbawm se acercó a los movimientos arcaicos y milenarios estaban en consonancia con los planteamientos del llamado *Marxismo Agrario*.

23. Entiéndase que el teleologismo y el apriorismo no constituyen problemas o taras intrínsecas de la teoría marxista, sino que aparecen, como con cualquier otra teoría, cuando se le otorga una potencia absolutamente determinante a la hora de fijar las premisas teóricas, metodológicas e interpretativas. Respecto al apriorismo y a la carencia de un enfoque *reflexivo* en el análisis de los agentes históricos y respecto a los sesgos metodológicos e interpretativos que ello conlleva, Román MIGUEL, “El debate sobre el republicanismo histórico español y las culturas políticas”, *Historia Social*, n. 69 (2011), pp. 143-164; *Id.*, “Historia, discurso y prácticas sociales. Una contribución a los futuros debates sobre el republicanismo decimonónico y las culturas políticas”, *Historia Contemporánea*, n. 37 (2008), pp. 373-408.

24. Probablemente el ejemplo más acabado sea el del *bandolerismo social*, cuyo, en palabras del propio HOBSBAWM, “molde fundamental” venía delimitado por su carácter rural, tradicional, precapitalista y prepolítico. Supondría una protesta ante la llegada del *mundo moderno* a las comunidades campesinas tradicionales y se caracterizaría por su ineficacia estructural en cuanto a su organización, ideología y posibilidades de éxito revolucionario (*Rebeldes primitivos*, pp. 27-52; *Bandidos*).

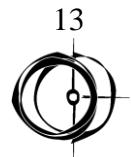
25. “Nuestro conocimiento de los movimientos descritos en este libro, aún los mejor documentados, está lleno de lagunas, y es inmensa nuestra ignorancia acerca del particular” (*Rebeldes primitivos*, p. 21).

expresaría en un lenguaje principalmente religioso, mientras que los movimientos *modernos* serían capaces de desarrollar una teoría moderna del traspaso revolucionario del poder²⁶.

Entre ambos *moldes* extremos cabrían multitud de posiciones intermedias, lugar en el que sitúa a los lazaretistas y a los anarquistas andaluces. Nos detendremos brevemente en este último ejemplo porque nos ayudará a comprender la manera en la que los sesgos teóricos apriorísticos llevan a Hobsbawm a carencias metodológicas importantes y, consiguientemente, a errores interpretativos muy significativos. Aunque lleva su interpretación del movimiento hasta la Segunda República, nos centraremos principalmente en lo referente al siglo XIX y utilizaremos, como contrapunto, nuestras propias investigaciones sobre los movimientos revolucionarios populares españoles del siglo XIX y, como trasfondo, las investigaciones de E. P. Thompson, ya que ello nos introducirá en la transformación que, desde finales de la década de 1960, experimentó la manera en la que Eric Hobsbawm entendió el análisis de los agentes históricos.

El espejismo de seguridad, procedente del papel científico-histórico otorgado a la teoría marxista, marcó desde el inicio todo el desarrollo de la investigación que Hobsbawm realizó del anarquismo andaluz. Es lo que le permite no analizar en profundidad fuentes primarias y basar casi exclusivamente su interpretación en fuentes secundarias²⁷, a lo que se une un conocimiento superficial de la historia de España y la asunción de estereotipos sociales y culturales. El resultado es una interpretación de los movimientos revolucionarios andaluces previos a la Guerra Civil que encaja en su categorización de los movimientos sociales campesinos milenaristas: surgimiento de un espíritu revolucionario campesino por la llegada del capitalismo al mundo agrario tradicional, reacción campesina basada en un lenguaje quasi-religioso y prepolítico generado por *apóstoles anarquistas*, surgimiento de un movimiento campesino anarquista de inspiración bakuninista, un movimiento “de hombres pobres [...] con un espíritu revolucionario sencillo [que halló en la] pasión anarquista típica de quemar iglesias su expresión más genuina”. Finalmente, interpreta todo el movimiento revolucionario campesino andaluz previo a la Guerra Civil como la historia de un fracaso, de un “fracaso anarquista”, para ser más exactos²⁸.

Manuel González de Molina ya ha realizado una concienzuda aportación –al tiempo que un magnífico repaso del debate suscitado en la historiografía española– de los sesgos teórico-metodológicos en los que Hobsbawm incurrió en su acercamiento al anarquismo andaluz y de la influencia que tuvo en los posteriores estudios de los movimientos campesinos andaluces²⁹. Por ello, me centraré, de manera muy breve, en lo



26. “Introducción” y “Milenarismo (I). Los lazaretistas”, *Rebeldes primitivos*, pp. 9-27 y 93-127.

27. Sus dos principales fuentes historiográficas fueron Gerald BRENAN, *The Spanish labyrinth: an account of the social and political Background of the Civil War*, Cambridge, Cambridge University Press, 1960 (1ª 1944); Juan DÍAZ DEL MORAL, *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*, Madrid, Alianza editorial, 1967 (1ª de 1929). También tuvo gran influencia en Hobsbawm el estudio antropológico, Julian A. PITR-RIVERS, *The people of the Sierra*, Chicago, University of Chicago Press, 1961 (1954).

28. “Milenarismo (II). Los anarquistas andaluces”, *Rebeldes primitivos*, pp. 117-143. De los sesgos teóricos, metodológicos e interpretativos de una vertiente de la historiografía marxista de los movimientos revolucionarios españoles del siglo XIX, me he ocupado en Román MIGUEL, *La Pasión Revolucionaria. Culturas políticas republicanas y movilización popular en la España del siglo XIX*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, pp. 58-61.

29. GONZÁLEZ DE MOLINA, “Los mitos de la modernidad...”, pp. 124-157.

referente a la época previa a 1874, que se corresponde con la etapa que Hobsbawm caracteriza como el momento de formación de una ideología anarquista basada en un lenguaje prepolítico cuasi-religioso.

Andalucía no fue una excepción dentro de la España del siglo XIX y la formación de sus primeros movimientos revolucionarios se integra e incluso, en algunas ocasiones, encabeza el proceso general de construcción de una cultura política revolucionaria popular. La visión, muy deudora de Brenan y Pitt-Rivers, de *apóstoles anarquistas* predicando a campesinos analfabetos es insostenible ante las pruebas de la creación un amplio y muy organizado movimiento popular democrata-socialista y revolucionario que contaba, sólo en Andalucía, con cientos de comités políticos y decenas de asociaciones obreras y jornaleras, clubes de debate, gabinetes de lectura, cooperativas de consumo, etc. Sus estrategias y acciones revolucionarias eran variadas y *modernas* –desde la lucha sindical a la electoral pasando por tácticas de lucha revolucionaria de barricada y guerrilla– y su *ideología* no se basaba en un lenguaje religioso y prepolítico, sino en una cultura política democrata-socialista acorde con las líneas *federal-socialistas* hegemónicas en la AIT a finales de la década de 1860. Su aspiración a la *anarquía* no constituía un mesianismo ineficaz, sino el horizonte último hacia el que debería caminar la República federal y social al extender la democracia participativa hasta el último rincón de la vida social, económica, política y cultural³⁰.

No se trata de enmendarle la plana a Hobsbawm medio siglo después. Resultaría ilógico e injusto. Lo que se pretende es observar hasta qué punto se puede errar una interpretación histórica si se carece de un enfoque *reflexivo* y se erige a una teoría fuerte en el centro de todo el análisis, permitiendo que determine desde la epistemología hasta la metodología y los límites de las interpretaciones finales. ¿Por qué es necesario observar esto? Porque pienso que, tras la lectura de los primeros y grandes trabajos de Rudé o Thompson, el propio Hobsbawm fue, en gran medida, consciente de todo ello y vislumbró hacia dónde le llevaban sus *ataduras teóricas* y la necesidad de revisar su enfoque de los agentes históricos³¹.

30. MIGUEL, *La Pasión Revolucionaria*, pp. 162-183, 243-262, 301-332, 410-459.

31 A diferencia de THOMPSON o RUDÉ, Eric J. HOBSBAWM encontró relativo acomodo en la academia británica –en 1959 ya era profesor titular– y en el Partido Comunista, incluso tras los sucesos de 1956. Como afirma KAYE, (*Los historiadores marxistas británicos*, p. 126), el recurrente apego de HOBSBAWM a categorías, como por ejemplo el *modelo base-superestructura*, estaría relacionada con su larga permanencia en el Partido Comunista. También, entre otros autores, GONZÁLEZ DE MOLINA (“Los mitos de la modernidad...”, pp. 113-115), apunta claramente en esta dirección. Aunque es un asunto complejo, que habrá de estructurar la columna vertebral de cualquier biografía seria de HOBSBAWM, pienso que existieron esas *ataduras extra-científicas* conscientes. Existieron fuertes ataduras partidarias, y quizás también académicas, que generaron un consciente y recurrente auto-constreñimiento ideológico y teórico, el cual, en lo referente a los agentes históricos, se plasmó en autoimpuestas limitaciones de su radicalidad temática, teórica, metodológica e interpretativa. El propio HOBSBAWM lo reconocía flemáticamente en 1978: “cuando me convertí en historiador de la clase obrera no se podía realmente ser comunista ortodoxo y escribir públicamente sobre, por ejemplo, el periodo en el que el Partido Comunista estaba vigente ya que el pensamiento ortodoxo indicaba que todo había cambiado en 1920 con la fundación del Partido Comunista. Bueno, yo no lo creí, pero hubiera sido descortés, y también probablemente estúpido, decirlo en público” (“Interview with E. J. Hobsbawm”, *Radical History Review*, n. 19 (1978-79), p. 117; en KAYE, *Los historiadores marxistas británicos*, p. 127). Cabría apuntar, para cerrar el asunto, que toda categoría discursiva o cultural habilita y al mismo tiempo limita, nos permite comprender y explicar la realidad, al tiempo que tiende a cerrarnos la puerta de otras maneras alternativas de comprender. La elección de HOBSBAWM fue bastante consciente y lo limitó enormemente en el desarrollo de su historia *desde abajo*, pero también le otorgó un marco de referencia desde el que construir una narración del devenir contemporáneo alternativa a la troika hegemónica formada por las teorías sociológicas e

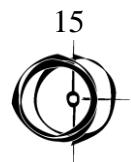
Complementariedad y reflexividad. Las estrategias adaptativas ante la refundación de la Historia social.

Los dos conceptos que encabezan este apartado tratan de sintetizar las dos vías por las que se encaminó la revisión teórica y metodológica que Eric Hobsbawm emprendió de su enfoque de análisis de los agentes históricos. Intensificación de su reflexión teórica y metodológica y búsqueda de la complementariedad y convergencia constituyen los parámetros de la reacción de Hobsbawm ante los influyentes trabajos de historia *desde abajo* publicados en la década de 1960, ante la constatación de que se estaba haciendo una historia de las clases bajas bastante diferente a la que él mismo realizaba. Ello supondrá una transformación notable, aunque limitada, de sus planteamientos. La complementariedad tuvo su manifestación más acabada en 1969 con *Capitán Swing*, su obra conjunta con George Rudé sobre las revueltas agrarias de 1830 en el sur de Inglaterra, mientras que la creciente *reflexividad* sobre la historia *desde abajo* se plasmó –más tardíamente que la búsqueda de la complementariedad– en un reguero de artículos a lo largo de casi dos décadas.

Las investigaciones de Rudé sobre el París revolucionario y el Londres hannoveriano no sólo habían convertido a las clases populares en objeto de estudio, sino que habían tratado de ponerles *rostro*, de saber quiénes fueron, qué pensaron, cómo actuaron y por qué lo hicieron. Rudé, a pesar del trasfondo marxista claro de su trabajo, no se acercaba a los olvidados de la Historia con una mirada completamente estructurada, sino que reconocía a las multitudes su personalidad y motivaciones particulares y trataba de aprehenderlas. Sin embargo, recibió críticas respecto al posible tratamiento inadecuado o escaso de los cambios en las relaciones sociales de producción que subyacían a las nuevas formas de protesta popular. De este modo la complementariedad Rudé-Hobsbawm se dio en términos beneficiosos para ambos y, probablemente por ello, el resultado fue muy notable. *Capitán Swing* es, por méritos propios, una de las principales obras de historia *desde abajo*. Sus conclusiones demostraron que, a diferencia de lo que se había mantenido desde el propio siglo XIX, los campesinos rebeldes de 1830 no eran desarraigados y criminales, sino hombres con arraigo, respetabilidad y relativa estabilidad en sus comunidades aldeanas, hombres que no protestaban ciegamente, sino que reclamaban lo que creían sus derechos³².

Aunque el reparto de trabajo entre ambos autores es claro y explícito, desde el inicio afirman que “se trata de una empresa conjunta y no meramente de la yuxtaposición de dos series de capítulos escritos por dos autores que trabajan independientemente”³³. Básicamente, cada uno se ocupó de aquello que sabía hacer mejor y se esforzaron notablemente por tratar coherentemente el análisis de Hobsbawm sobre las transformaciones en las condiciones de vida y en las relaciones sociales de producción con el estudio de Rudé sobre el levantamiento popular y la sociología de sus integrantes.

Centrándonos en la labor del protagonista de este texto, quien se ocupó principalmente de la primera parte, “Antes de Swing”, nos encontramos a un Hobsbawm



históricas de la modernización, las teorías económicas del despegue industrial y las teorías politológicas de la cultura política cívico-democrática anglosajona. Que cada cual haga su particular balance al respecto.

32. KAYE, *La educación del deseo*, pp. 70-79.

33. HOBSBAWM y RUDÉ, *Revolución industrial y revuelta agraria*, p. 9.

mejorado. Es capaz de poner en liza lo mejor de su bagaje en la historia social de las condiciones de la clase trabajadora: el despliegue de ingenio en la integración y reconstrucción estadística de una multitud de variables (salarios, precios, emigración, analfabetismo, delincuencia, productividad, etc.) con las que realizar un análisis cuantitativo sobre las condiciones de vida de las clases trabajadoras. De este modo, reconstruye y prueba estadísticamente las transformaciones que la industrialización, entre 1760 y 1830, causó en las comunidades tradicionales de aldea en el sur de Inglaterra. Hobsbawm prueba cómo la legislación sobre cerramientos, sobre pobres o sobre grano quebraron el mundo aldeano tradicional, al tiempo que las nuevas formas de contratación laboral, los nuevos métodos de pago de salarios y la segregación socio-cultural entre patronos y asalariados coadyuvaban para producir la proletarización masiva del campesinado sureño inglés.

Especialmente refinado e interesante es su análisis del origen, extensión y efectos del *Speenhamland system*³⁴, lo que le mueve a trascender el análisis de las condiciones de vida de la clase trabajadora hacia otros aspectos más relacionados con la *experiencia global* de explotación y resistencia. Hobsbawm se esfuerza notablemente por trascender las nociones apriorísticas del campesinado y por comprender los efectos múltiples de la proletarización en su forma de vivir, de pensar y de actuar, para lo cual extiende su investigación hacia los lugares de sociabilidad y los recursos culturales – tradicionales y nuevos – con los que el campesinado inglés contaba para articular su protesta³⁵.

La apertura de Hobsbawm hacia una forma más profunda y radical de historia *desde abajo* me parece clara y marca la deriva que experimentará hacia una mayor *reflexividad* respecto al análisis de los agentes históricos³⁶. Así lo atestiguan algunos artículos publicados en la década de 1970 y recogidos, en 1984, en *Worlds of Labour*,

34. El *Speenhamland system*, iniciado en la década de 1790 y vigente en el momento de la promulgación de la Ley de Pobres de 1834, consistió en una congelación de los salarios reales compensada con la aportación de los subsidios locales para pobres, que dejaban de ser una ayuda para las familias en momentos de crisis y pasaban a convertirse en el “marco general de vida del trabajador”. Cuando las nuevas leyes de pobres cortaron, desde la década de 1830, la ayuda a aquellas familias cuyo cabeza de familia trabajaba, se produjo entonces la pauperización y desmoralización masivas del nuevo proletariado rural sureño inglés. Respecto a sus efectos sobre los campesinos, HOBSBAWM afirma que “se cernió sobre ellos otra jerarquía menos humana y más desigual [...] la conspiración colectiva de los ricos aldeanos, de cuyo capricho dependía su subsistencia, y que les quitaban sus tierras comunales a cambio su caridad en precio de su servilismo”. HOBSBAWM y RUDÉ, *Revolución industrial y revuelta agraria*, pp. 50-57.

35. *Ibidem*, pp. 71-100.

36. La *reflexividad* significa asumir que el investigador ha de desarrollar la reflexión continua sobre las categorías teóricas, valorativas, socio-políticas, etc. desde las que construye su epistemología, metodología e interpretaciones, de manera que sea lo más consciente posible respecto al enfoque, prácticas analíticas y categorías interpretativas de su quehacer científico. El desarrollo de la *reflexividad* ha sido transversal a todas las ciencias sociales y humanas y se ha enriquecido y retroalimentado con aportaciones cruzadas que tienden a confluir en el marco de la Teoría del conocimiento. Para la historiografía han sido decisivas, al respecto, las teorías de Pierre BOURDIEU, las nociones de *paradigma*, *ciencia normal* y *revolución científica* desarrolladas por Thomas KUHN, los conceptos de *arqueología del saber* y *genealogía del poder* utilizados por Michel FOUCAULT, así como la tradición hermenéutica alemana desde Wilhelm Dilthey a H. G. GADAMER. Pierre BOURDIEU y Loïc WACQUANT, *Respuestas: por una Antropología reflexiva*, México, Grijalbo, 1995; Thomas KUHN, *La Estructura de las Revoluciones Científicas*, México, FCE, 1975; Hans-Georg GADAMER, *Verdad y Método. Fundamentos de una Hermenéutica Filosófica*, Salamanca, Sígueme, 1984; Michel FOUCAULT, *Las palabras y las Cosas. Una arqueología de las Ciencias humanas*, México, Siglo XXI, 1988.

su segunda compilación de estudios sobre las clases trabajadoras³⁷. Abordaremos brevemente los inicios de su apertura *reflexiva* y práctica hacia los enfoques culturales, el recorrido máximo que, a finales de la década de 1980, alcanzó y los límites infranqueables que no quiso o no pudo rebasar.

Mediada la década de 1970, en un artículo en el que resalta los logros de la historia social de la clase obrera, tanto la marxista británica como la desarrollada en el entorno de *Annales*, Hobsbawm manifiesta explícitamente la necesidad de reflexionar sobre las ideologías que subyacen al quehacer científico-social, previene de los peligros de convertir a la metodología cuantitativa en un fin en sí mismo, reclama una reflexión profunda sobre los nuevos conceptos analíticos que llegan a la Historia procedentes de las ciencias sociales y, además, reivindica con fuerza la necesidad de integración de la metodología cuantitativa con el análisis cualitativo en la praxis de la Historia social³⁸.

Su proceso de reflexión sobre cómo abordar los movimientos populares culmina en la sistematización de un método de análisis de los agentes históricos que, explícitamente, enraíza en la historia *desde abajo* y que coincide cronológicamente con esfuerzos similares por parte de George Rudé y con la clarificación teórica del concepto de *clase* por parte de E. P Thompson³⁹. Hobsbawm entiende la historia *desde abajo* como la *historia de los de abajo o de la gente corriente* y la entronca con una larga tradición historiográfica que comenzaría con Jules Michelet y eclosionaría en la Escuela de *Annales* de la mano de Marc Bloch y Georges Lefebvre. Importantes son las resonancias que la concepción de *Annales* del análisis histórico –como el proceso de resolución de un problema planteado previamente– tiene en el método que Hobsbawm trata de fijar para llevar a cabo la historia de la gente corriente. La reflexión le conducirá hacia la percepción y reconocimiento de sus propios límites como historiador de la clase trabajadora.

La historia *desde abajo* se basa, a su entender, en la construcción de “modelos” estereotipados a partir del marco teórico de referencia y de intuiciones más o menos ingeniosas. A este respecto, podría parecer que nada ha cambiado en el enfoque de Hobsbawm desde que, en la década de 1960, construyó los modelos interpretativos apriorísticos del bandolerismo social, del milenarismo lazaretista, del anarquismo andaluz milenarista o del movimiento obrero socialista. Sin embargo, la identificación y selección de los hechos históricos con los que construir el modelo ya no es un proceso tan aséptico y mecánico. Por el contrario, para Hobsbawm se ha tornado un proceso complejo ya que, al efecto, reconoce la necesidad de desarrollar un proceso reflexivo antes y durante la investigación y también reconoce que él mismo no posee, al respecto, una práctica consciente y bien estructurada.

17

Por regla general, el propio historiador en realidad no ve claramente cómo hace su selección inicial. Al menos éste es mi caso, aun cuando me esfuerzo mucho por ser

37. *El mundo del trabajo*. Ya en el prefacio el autor afirma que la historia de la clase obrera se ha transformado notablemente en los últimos veinte años.

38. *Ibidem*, pp. 11-28.

39. A las reflexiones teóricas de E. P. Thompson sobre el concepto de *clase* nos referiremos más adelante. Respecto a G. RUDÉ, como señala Harvey J. KAYE, durante las décadas de 1970 y 1980 intentó sistematizar un *modelo gramsciano* de análisis de la protesta popular en las sociedades preindustriales y en las fases de transición del feudalismo al capitalismo. Partiendo de los conceptos gramscianos de *hegemonía* y *conciencia contradictoria* desarrolló una teoría de la formación de la *ideología popular* (*La educación del deseo*, pp. 56-104). Al respecto véase la serie de artículos recogidos en RUDÉ, *Revuelta popular y conciencia de clase*.

consciente de lo que hago. Por ejemplo, ¿en qué nos basamos para escoger una variedad de fenómenos sociales dispares [...] y clasificarlos juntos como miembros de una familia de ‘rebelión primitiva’? [...] La primera vez que lo hice no lo sabía realmente [...]. No lo sé, y esta ignorancia es peligrosa, porque puede hacer que no me dé cuenta de que introduzco mis propios supuestos contemporáneos en el modelo, o de que omito algo importante.”⁴⁰

Ello supone la quiebra del *espejismo de seguridad* que, durante décadas, había poseído en su praxis como historiador de agentes históricos. Tal reflexión supone una apertura clara hacia la *reflexividad histórica* e incluso hacia los problemas teóricos de la Hermenéutica⁴¹. Por la misma vía de la *reflexividad* se internó Hobsbawm en otro problema teórico y metodológico, el de la *agencia*, que anteriormente, al hallarse bajo el paraguas explicativo de la acción humana que ofrece una teoría fuerte, no sentía la necesidad de clarificar.

Una vez que se ha asumido que la historia *desde abajo* ha de reconstruir cómo pensaban, sentían y actuaban las clases populares, ya no hay vuelta atrás y la reflexión teórica sobre ello lleva a Hobsbawm a afirmar que el objetivo final que se debe alcanzar, con la construcción de modelos interpretativos, es la explicación de las formas de comportamiento de acuerdo con algún esquema de racionalidad. Ante lo cual reconoce que el peligro es que “impongamos una construcción arbitraria a los hechos”. La profundidad teórica alcanzada por Hobsbawm es tal que, al igual que le ocurrió a Thompson, se ha situado en la frontera que separa el análisis sociológico de cuasigrupos o el análisis histórico apriorístico de colectivos respecto a la reconstrucción no esencialista de la racionalidad práctica que articula las acciones de los agentes históricos. Es decir, a las puertas del nuevo análisis cultural de los agentes históricos.

Sin embargo, como veremos, la reacción de Hobsbawm fue diferente a la de Thompson y, en la práctica historiográfica concreta, siempre retornó a los refugios teóricos y a la seguridad que le ofrecía su concepción del materialismo histórico. Por ello, aunque trata de recoger el impulso renovador de los *estudios culturales*⁴² y trata de abordar el estudio de la *cultura obrera*, no asume un concepto antropológico post-funcionalista de cultura ni llega a desarrollar una concepción clara de la formación o construcción cultural de los agentes históricos.

Hobsbawm es bastante consciente de la vía teórica y metodológica que han abierto los *estudios culturales* a través de los trabajos de Raymond Williams y, sobre todo, de E. P. Thompson. El análisis cultural británico, afirma Hobsbawm, ha mostrado que las creencias de los hombres del pasado no son meras reacciones emocionales o irracionales, sino que “forman parte de un sistema coherente de creencias relativas a la sociedad”. Así, los hombres del pasado cuando actúan como lo hacen “no es que sean tontos, no es que no sepan lo que les conviene”, sino que están actuando en función de

40. Recogido en HOBSBAWM, *Sobre la Historia*. El texto original es de una conferencia impartida en 1985 y publicada en Frederick KRANTZ (ed.), *History from Below: Studies in Popular Protest and Popular Ideology* Oxford, Basil Blackwell, 1988, pp. 13-28.

41. HOBSBAWM se plantea su reflexión en términos muy similares a los que estructuran la línea argumental central de GADAMER en torno al papel de los *prejuicios de la tradición* en la *historia efectual* (*Verdad y Método*).

42. Al respecto véase Stuart HALL, “Estudios Culturales: dos paradigmas”, *Causas y Azares*, n. 1, (1994), donde los trabajos de E. P. THOMPSON y R. WILLIAMS son considerados los “textos seminales y formativos” de los llamados “estudios culturales” que tanta influencia han tenido en el desarrollo posterior de la llamada *nueva Historia cultural*.

la lógica que les marca el sistema de creencias. Por ello, el análisis de la cultura debe orientarse hacia el “descubrimiento de la cohesión lógica interna de los sistemas de pensamiento y comportamiento que encajan en la manera en que la gente vive en sociedad”⁴³. El paso siguiente, que Hobsbawm evita plantearse, es: ¿qué es lo que determina la agencia y, por consiguiente, las acciones de los colectivos históricos: su posición en las relaciones sociales de producción, el sistema de creencias o ambos? ¿Cómo se forman esos sistemas de creencias y qué relación causal guardan con las relaciones sociales de producción? ¿Es viable el modelo base-superestructura? ¿Y la concepción apriorística de las clases? Las alarmas se disparan en este punto y la reflexión teórica sobre la construcción cultural se detiene definitivamente.

Por ello, en la práctica, y a pesar de su creciente reflexividad teórica, seguirá concibiendo los agentes históricos en función de modelos apriorísticos. De este modo, a la clase obrera le corresponderían unas características culturales concretas en función de su concepción teórica marxista de la correspondencia directa entre las transformaciones capitalistas en las relaciones sociales de producción y las transformaciones en la conciencia de la clase obrera⁴⁴. Pero la brecha abierta en su seguridad teórica es ya innegable e irreversible durante la década de 1980. No hay retorno a la posición teórico-metodológica previa a *Capitán Swing*⁴⁵, por lo que adoptará vías de escape que le permitan soslayar las implicaciones máximas del nuevo enfoque cultural.

Por ello, cuando analiza la cultura obrera inglesa esquiva el periodo de formación previo a la década de 1840 y se centra en la segunda mitad del siglo XIX, periodo que teóricamente le resulta menos problemático porque es cuando “la clase trabajadora empezó a asumir el carácter homogéneo de un proletariado fabril”, mientras que “es imposible encontrar las pautas [culturales] que caracterizan al *conjunto de la clase trabajadora en el período anterior a 1848*”⁴⁶. Desde mediados del siglo XIX,

43. *Sobre la Historia*, pp. 183-189.

44. La reflexividad historiográfica de HOBSBAWM se orientaba a buscar la conjunción de los nuevos derroteros de la historia *desde abajo* con los postulados que, en su concepción del materialismo histórico, considera irrenunciables. Al igual que en los trabajos coetáneos de George RUDÉ, el problema de la formación de la conciencia de clase se ubica en el centro de la reflexión sobre la propia formación de la clase obrera y, por consiguiente, en la reflexión marxista sobre las etapas de la Historia. HOBSBAWM profundiza su reflexividad apoyándose, sobre todo, en las teorías de György LUKÁCS sobre el papel de la conciencia de clase en la Historia. Es muy interesante la reflexión de HOBSBAWM al respecto, pero hemos de dejarla para mejor ocasión. Aquí debemos centrarnos exclusivamente en los límites teóricos que, a partir de dicha reflexión, HOBSBAWM establece para el análisis de los agentes históricos: “Hay consignas y programas ‘de clase’ que cuentan con muy pocas probabilidades de llegar a realizarse porque chocan con la corriente de la Historia; otros, en cambio, son más hacederos porque siguen dicha corriente. Al primer tipo pertenecen los movimientos campesinos, así como los de la pequeña burguesía clásica que forman los pequeños artesanos, los tenderos, los pequeños empresarios, etcétera. Desde el punto de vista político, estos estratos pueden ser sumamente temibles, ya sea por su fuerza numérica o por otros motivos, pero, desde el punto de vista histórico, son inevitablemente las víctimas, incluso cuando garantizan la victoria de la causa a la que se hayan unido [...]. Lo que deseo subrayar es lo siguiente: algunas formas de conciencia de clase, así como las ideologías que se basan en ellas, armonizan, por así decirlo, con el devenir histórico, mientras que no ocurre lo mismo con otras formas. Algunas armonizaban en otro tiempo, pero ahora no” (*El mundo del trabajo*, pp. 29-50).

45. Por ello afirma que es necesario salvar a los agentes históricos “de la condescendencia de los historiadores modernos que creen saberlo todo, que creen saber qué es un argumento lógico y teórico [...]. Me gustaría devolverles a los hombres del pasado, y en especial a los pobres del pasado, el don de la teoría” (*Sobre la Historia*, pp. 183-189).

46. Véase sus dos artículos “La formación de la cultura obrera británica” y “La formación de la clase obrera, 1870-1914” (*El mundo del trabajo*, pp. 216-237 y 238-263).



sobre todo con la estandarización de las pautas culturales a partir del surgimiento de la cultura de masas a finales de siglo, puede desarrollar plenamente el espíritu de la historia *desde abajo* y la búsqueda de la personalidad propia de la clase obrera sin poner en entredicho sus bases materialistas históricas como la noción de clase, la narración histórica del devenir y el ya muy maltrecho modelo de base-superestructura. Dicho en sus propias palabras, puede otorgar el *don de la teoría* tanto a los propios agentes históricos como a los historiadores marxistas de la clase obrera: la *clase* como categoría histórica y como categoría teórica parecen encajar a la perfección.

En este sentido, en su *debate* con E. P. Thompson sobre la formación de la clase obrera inglesa, Hobsbawm tampoco abandona nunca el refugio de su concepción del materialismo histórico y obvia cuestiones teóricas de fondo que él mismo, con gran lucidez, ya se estaba planteando sobre la agencia y la construcción cultural de los agentes históricos⁴⁷. En ocasiones, ambos parecen buscar lo mismo –salvar a los pobres del pasado de la condescendencia del presente–, pero, para Hobsbawm, la *clase* nunca se convierte del todo en una *categoría histórica* y, por ello, no puede llegar a percibir plenamente el propio proceso de construcción cultural de los agentes históricos. Los derroteros que, desde la década de 1990 hasta la actualidad, ha seguido la historia *desde abajo* han sido diversos en función de si se ha seguido la senda marcada por Hobsbawm o la marcada por Thompson. En el último apartado reflexionaremos, siquiera brevemente, sobre este último recorrido.

El presente y el futuro del análisis de los agentes históricos *desde abajo*.

Cuando recibí el encargo de este trabajo, explícitamente se me pidió que no lo restringiese a un análisis historiográfico de la manera en la que Eric Hobsbawm abordó el estudio de los movimientos populares rebeldes y revolucionarios. Desde el comienzo, y ello quizás haya condicionado de manera importante las premisas de este texto, el objetivo era trascender el análisis de la propia obra de Eric Hobsbawm hacia la reflexión sobre los fundamentos actuales del análisis de los agentes históricos *desde abajo*.

La idea me pareció acertada porque se enraizaba en el legado más importante que ha dejado una generación asombrosa de historiadores radicales. Más allá de los procesos históricos reconstruidos y de la creatividad teórica y metodológica desarrollada y compartida, lo que, sin duda, constituye el legado central de Eric Hobsbawm, E. P.

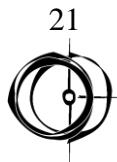
47. No tenemos espacio para abordar el *debate*, bastante soterrado, entre HOBSBAWM y THOMPSON sobre la clase obrera inglesa, debate al que subyace el desarrollo teórico y metodológico del análisis cultural de los agentes históricos. Sin embargo es necesario reseñar que, más o menos en el mismo momento en el que HOBSBAWM reafirmaba su concepción de la clase en torno a las nociones de *subalternidad* y *clasicidad*, THOMPSON estaba inmerso en la clarificación del concepto de clase y, al respecto, afirmaba que “clase y conciencia de clase son siempre el último y no el primer escalón de un proceso histórico real [...] si veo que determinado dato histórico no está de acuerdo con las habituales categorías de clase, antes de atacar a la historia para salvar las categorías, hay que investigar las categorías con nuevos análisis ... los intelectuales sueñan, a menudo, con una clase, que es como una motocicleta con el asiento vacío; ellos se sientan en éste y asumen la dirección porque están en posesión de la verdadera teoría. Esta es una ilusión característica, es la ‘falsa conciencia’ de la burguesía intelectual” (Edward P. THOMPSON, “Algunas observaciones sobre clase y ‘falsa conciencia’”, *Historia Social*, n. 10 (1991), pp. 27-32; publicado originalmente en la revista *Quaderni Storici*, 36 (1977)). Importante también al respecto su trabajo *Tradición, revuelta y conciencia de clase*. Barcelona, Crítica, 1979. Espero poder ocuparme cumplidamente de ello en <<http://enarasdeclio.wordpress.com>> en el marco de la reflexión sobre la “agenda para una historia radical”.

Thompson, George Rudé y el resto de esa generación de historiadores *desde abajo* es su espíritu crítico y radical, su, en palabras de Geoff Eley, *espíritu insurgente* que, como es lógico, ha de manifestarse, antes de nada, en lo tocante a su disciplina científica y desde ahí extenderse hacia la praxis social y política⁴⁸.

Creo que nada molestaría más al propio Thompson y a sus *camaradas* historiadores que el hecho de que les dedicásemos una mirada condescendiente. Esa es la razón de este apartado final, de esta reflexión personal y crítica sobre el presente y el futuro del análisis de los agentes históricos *desde abajo*. Una reflexión que pretende ser esencialmente radical y, por ello, exenta de loas innecesarias, aunque sean merecidas, a los maestros y exenta también de alineamientos identitario-académicos en sus sucesores o cultivadores. Pero es también una reflexión que, explícitamente, se enraíza de manera crítica en la historia *desde abajo* que parte de la senda marcada por Edward P. Thompson.

Muchos *giros* y polémicas han acaecido desde el *debate soterrado* entre Hobsbawm y Thompson hasta la actualidad. Las transformaciones epistemológicas y teóricas de gran calado, el surgimiento del nuevo análisis cultural para asumir tales transformaciones, la diversificación y enriquecimiento de la historia crítica con los estudios de género, los diversos desarrollos del giro lingüístico o la muerte y resurrección de la Historia social han convulsionado la Historiografía y la han ligado, ya indisolublemente, a un marco interdisciplinar común a las ciencias sociales y humanas.

Aquel movimiento teórico-metodológico de los historiadores *desde abajo*, ubicando a la *conciencia* en un lugar destacado del análisis de los agentes históricos, marcó el inicio de una tradición de análisis cultural que enlazó con la tendencia filosófica y científico-social general a colocar a los lenguajes, discursos, culturas... en el centro de las investigaciones. La reflexividad generalizada e interrelacionada motivó que algunos de los nuevos historiadores radicales asumieran, desde la década de 1990, los giros *lingüístico* y *cultural* como marco ineludible de desarrollo del viejo *análisis de la conciencia* en el nuevo contexto fijado por la antropología simbólica, la filosofía y sociología posestructuralistas, la tradición hermenéutica alemana, las filosofías wittgensteiniana y analítica anglosajona, el neopragmatismo, la politología posmarxista, los estudios de género, la psicología social crítica o la nueva historia cultural⁴⁹. Sin embargo, en sus mejores versiones, los nuevos historiadores *desde abajo* lo han llevado



48. “En sus momentos respectivos, tanto la historia social como la nueva historia cultural fueron formas insurgentes de conocimiento, y la importancia de los estudios históricos para el futuro requerirá de nuevo, sin duda alguna, la renovación de un espíritu insurgente” (ELEY, *Una línea torcida*, p. 297).

49 Resulta muy pertinente traer a colación la premisa de E. P. THOMPSON de que la Historia radical debe ubicarse siempre en la vanguardia de la disciplina histórica, debe estar allí donde se produzcan los desarrollos principales de la investigación histórica: “La historia radical pide los niveles más exigentes de la disciplina histórica. La historia radical debe ser buena historia. Debe ser tan buena como la historia pueda ser” (*Agenda para una historia radical*, p. 14). Ahorro al lector las innumerables referencias que, respecto al nuevo marco, habría que incluir en esta nota al pie. Las que considero ineludibles ya están recogidas y analizadas en mis anteriores trabajos, especialmente en *La Pasión Revolucionaria*, pp. 28-55, donde, además, he intentado desarrollar unas premisas epistemológicas y una praxis *reflexiva* analítica e interpretativa acordes con los derroteros actuales por los que, a mi juicio, debe transitar la historia *radical* y *desde abajo*. Los objetivos, que espero haber conseguido, al menos en parte, eran superar las miradas historiográficas condescendientes y despectivas respecto al movimiento popular revolucionario español del siglo XIX, ponerles *rostro* a las multitudes revolucionarias, recuperar su racionalidad teórica y práctica e integrar sus acciones colectivas en la interpretación general del devenir socio-histórico de España.

a cabo ubicando tales *giros* lingüístico y cultural en un campo amplio que trasciende la cuestión del *lenguaje* y que se orienta hacia el objeto real de investigación: las personas, los agentes históricos colectivos que articulan, las sociedades que constituyen y las transformaciones que éstas experimentan.

Del mismo modo creo que sería también un enorme error, respecto a las propias premisas de la historia *radical*, constreñirnos teórica y metodológicamente a los planteamientos, métodos y teorías desarrollados por Hobsbawm, Thompson, Rude, etc., exaltándolos y loándolos como maestros fundadores de una escuela y tratando de convertirlos en referentes imperecederos de una manera de hacer historia. Eso es crear una escolástica, respecto a la cual el propio E. P. Thompson sería absolutamente refractario y sus compañeros historiadores radicales serían, cuando menos, heterodoxos y herejes. Lo importante es su espíritu historiográfico y científico radical, el mismo que les hizo desarrollar la historia *desde abajo*.

La historia de los agentes históricos *desde abajo* ha dado ya algunos pasos más desde entonces y, si somos fieles a ese espíritu historiográfico radical, debe dar actualmente un salto importantísimo y de una magnitud a la altura, como poco, de los desafíos que nos presentan el mundo y la Ciencia actuales. No sólo el análisis de los agentes históricos debe avanzar, sino también la idea de Hobsbawm de la búsqueda de complementariedad entre enfoques *radicales* para tratar de fundamentar una narración histórica totalizante, una interpretación de los procesos históricos en la que, partiendo de un análisis radical de los agentes históricos –y de las estructuras también, ¿por qué no?–, seamos capaces de llegar a interpretar la lógica social y contingente que ha articulado cada momento histórico. Si de algo estoy convencido al respecto es de que, en el nuevo marco historiográfico, a ese objetivo de historia totalizante sólo podremos llegar colectivamente –siendo valientes en nuestros planteamientos e interpretaciones– y de que el concepto *neogramsciano* de *hegemonía* ha de ser su piedra angular.